

ROBERT LOW

# El camino de las ballenas

LA IRA DE LOS HOMBRES  
DEL NORTE I



Cuando el joven Orm Ruriksson es arrancado de su Noruega natal y embarcado en el Alce de los Fiordos, se inicia para él una experiencia que difícilmente podrá olvidar, pues se convierte en miembro de una de las tripulaciones más temidas de su tiempo. Y no les va a la zaga a la hora de luchar con dureza, beber sin medida y, cuando no hay otro remedio, defenderse los unos a los otros como una auténtica hermandad. La tripulación del Alce de los Fiordos se lanza a la búsqueda de una enigmática reliquia, y tal misión les llevará, no solo a descubrir la vida y las costumbres de un pueblo extraño donde los haya, los jázaros, sino también a navegar en las profundas y traicioneras aguas que emplean las ballenas, unos mares endemoniados.

*A mi querida esposa, Katie, que se encarga,  
en todo momento, de que tenga la lana tesa  
y la cruz derecha.*

# EL CAMINO DE LAS BALLENAS

Robert Low

## Capítulo I

Las runas se labran en bandas semejantes a la serpiente que ciñe el mundo de los mortales y se muerde su propia cola. Todas las sagas son como nudos ornamentales de culebras, pues el relato de una vida no siempre comienza con el nacimiento y termina con la muerte. El de la mía, de hecho, empieza el día en que regresé de la muerte.

Ante mí, como nadando en el campo de mi visión, tenía una viga nudosa, alisada por el desgaste en los lugares en que pendían las redes y las velas para los barcos, y una araña que, muerta por el frío y suspendida del más delgado de los hilos que puedan imaginarse, se balanceaba impulsada por la brisa. Conocía bien aquella viga, la que sustentaba el cobertizo para embarcaciones de Björnshafen, donde, con regocijo infantil, me había columpiado en aquellas redes y aquellas velas hacía ya una eternidad, en tiempos en los que no conocía preocupación alguna. Ahora estaba tendido de espaldas y tenía la vista clavada en ella sin acabar de entender qué función podía tener allí, porque no albergaba la menor duda de que estaba muerto. Aun así, mi aliento creaba vaho en la frialdad de aquel lugar.

—Ha vuelto en sí.

Aquella voz llegó a mí como un gruñido, y todo comenzó a balancearse cuando traté de volver la cabeza hacia ella. No estaba muerto: estaba acostado en un jergón y tenía ante mí, como flotando, un rostro de mentón prominente y barba poblada como un seto vivo. A su alrededor, había otros que también me escudriñaban, desconocidos to-

dos para mí, y tan trémulos como si estuviesen sumergidos en el agua.

—¡Atrás, cipotes malcarados! Dejad respirar al muchacho. Tú, Finn *Caracaballo*, serías capaz de espantar a la mismísima Hela con esa jeta tuya; así que más te vale largarte afuera e ir a buscar a su padre.

El de las barbas de arbusto arrugó el entrecejo y desapareció. El propietario de la voz que había oído también tenía rostro, aunque su barba estaba bien recortada y sus ojos eran amables.

—Soy Illugi, *godí* de los juramentados —me dijo dándome unos golpecitos en el hombro—. Tu padre viene para acá, mozuelo: estás a salvo.

«A salvo». Si un sacerdote, un *godí*, me dice que estoy a salvo, sin duda debe de ser cierto. La visión de un instante, como algo apenas atisbado en medio de la noche a la luz de las centellas azuladas de una tormenta, cruzó mi mente en forma de rayo: un oso que atraviesa el techo en medio de una tromba de nieve y maderos, rugiendo y con el cuello erguido; una verdadera montaña blanca...

—¿Mi... mi padre?

Ni siquiera reconocí como mía la voz que tal cosa preguntaba, y sin embargo, el extraño de mirada afable que decía llamarse Illugi asintió con un gesto sonriente. Quienes lo acompañaban se movían como sombras, y sus voces iban y venían como oleadas sonoras.

Mi padre...; de modo que había venido al fin por mí. Este fue el pensamiento que me acompañó mientras el rostro de Illugi se transformaba en un orbe pálido y los otros se esfumaban también como las burbujas de una estela, a medida que me sumergía de nuevo en las negras aguas del sueño. Aun así, el *godí* me había mentado, pues ni estaba a salvo ni jamás volvería a estarlo.

Cuando llegó el momento en que pude incorporarme y beber un poco de caldo, ya no había en Björnshafen una sola alma que ignorase la historia de Orm, el que había ma-

tado al oso blanco. Cuando este, la maldición de Rurik, se dispuso a tomar venganza en el hijo, y presumiblemente también en su padre a continuación, aquel valiente, que no pasaba de ser un simple niño en edad de hacerse adulto, le había plantado cara sobre el cuerpo decapitado de la bruja Freydis, y después de un día con su noche, había acabado por clavar una lanza en la cabeza del animal y una espada en su corazón.

La cosa no acababa ahí, por supuesto, tal como me reveló mi padre cuando vino a verme y, encorvándose sobre mi lecho, se frotó la barbilla entrecana y se pasó la mano por los cabellos lacios que en otro tiempo habían sido dorados. Mi padre, Rurik, el hombre que me había confiado al cuidado de su hermano Gudleif. Me había llevado a Björnshafen al abrigo de su capa cuando yo no era más que un renacuajo de rodillas gruesas y puños rollizos, en el año en que Erik *Hacha Sangrienta* perdió el trono de Jorvik al ser vencido en Stainmore. Ni siquiera estoy seguro de que tal recuerdo sea verdadero, y no un remiendo añadido al manto de mi vida por Halldis, la esposa de Gudleif, quien, por ser yo sangre de la sangre de su marido, me tuvo en más alta estima que a los demás prohijados que iban y venían.

Fue ella quien me enseñó a cuidar ovejas y gallinas y a cultivar la tierra, y la que llenó los vacíos de mi memoria, sentada ante el hogar mientras los vientos que bramaban en las vigas de Björnshafen hacían estremecerse los colosales arambeles que adornaban la sala y evitaban el paso del aire. Respondía a todas mis preguntas con paciencia y sosiego, acompañada por el castañeteo de las pesas de hueso mientras tejía brillantes festones de lana.

—Rurik solo volvió una vez, con un cachorro de oso blanco —me decía—, y pidió a Gudleif que se lo cuidara porque, según dijo, valía una fortuna; aunque él, claro, no podía quedarse el tiempo suficiente para sacarle provecho. Siempre se hacía otra vez a la mar en cuanto cambiaba la

marea. Desde que murió tu madre, nunca ha vuelto a ser el mismo.

Y ahora lo tenía ante mí, surgido como una ballena que salta de pronto de unas aguas en apariencia vacías: mi padre. Contemplé su rostro curtido por el sol, y como todos decían que nos parecíamos, traté de ver en él un mayor atractivo del que quizá poseía. Era un hombre de altura mediana, más cano que rubio, con la tez endurecida por el viento y las inclemencias del tiempo, y la barba corta. Con todo, pese a la preocupación, sus ojos azules se mostraban alegres bajo unas cejas densamente pobladas.

¿Y qué fue lo que vio él? Un niño crecido para su edad, de hombros bien formados, sin apenas asomo de la flaqueza propia de la juventud y con el cabello castaño que le caía sobre los ojos cuando no lo esquilaban. Mientras vivió lo había hecho Halldis, aunque después de que la llevara la tisis nadie se había molestado en encargarse de ello. Yo miré con los mismos ojos azules aquel rostro de nariz respingona, y de pronto, conmovido, reparé en que aquel sería el aspecto que tendría yo de viejo.

—Así que has regresado, después de todo —dije, y me sentí estúpido a medida que lo decía, pues saltaba a la vista que había vuelto, y no solo, precisamente: a su espalda se hallaba la curtida tripulación del barco que gobernaba, alojada de manera temporal en el cobertizo de Björnshafen, tal como había señalado Gunnar *el Rojo*.

—¿Y por qué no iba a volver? —respondió sonriente.

Los dos conocíamos bien la respuesta, pero a mí me hubiese gustado oírla decir en voz alta.

—Ningún padre puede quedarse de brazos cruzados después de saber que su hijo está amenazado por los de su propia sangre —prosiguió, serio como una roca.

—Claro —repuse, pensando que se había tomado no poco tiempo para dejar de cruzar los brazos, y que diez años eran algo más que un alto para tomar aliento en el camino que lo llevaba a su vástago. Sin embargo, no dije na-



da al percibir en sus ojos que lo asombraba en lo más profundo el que yo pudiese dudar de su disposición a correr en mi ayuda.

Aún habría de recorrer un buen trecho de la senda de la vida para caer en la cuenta de que Rurik había afrontado la labor de criarme tan bien como le había sido posible, y mejor que la mayoría de los padres. De cualquier modo, en ese momento, mientras observaba a aquel desconocido, aquel hombre rudo y huesudo sacado de una ruda tripulación, y me dejaba llevar por la obsesión de que me había abandonado sin ofrecer explicación alguna ni dejar esperanza de que algún día regresase, sentí tanta rabia que ni siquiera fui capaz de hablar.

Él entendió de otro modo mi reacción, provocada, a su entender, por la emoción del reencuentro, el horror de lo que había ocurrido con el oso blanco y el viaje por la nieve..., y sonrió mientras asentía con la cabeza.

—¡Quién iba a pensar que ese condenado cachorrillo iba a causar semejante destrozo! —señaló rascándose la barbilla con sus largas uñas—. Se lo compré a un comerciante de Gotland que aseguró haberlo adquirido de un finlandés. Tenía la intención de venderlo en Irlanda para que le hiciesen una capa a cualquier *jarl* o lo usaran de mascota; pero ese pendejo de Gudleif lo soltó. ¡Si será huevón! Mira lo que ha pasado: ¡por poco pierdo a mi hijo!

Gudleif había maldecido a su hermano, a aquel oso y, al cabo, a quien, según sus sospechas, lo había dejado escapar. Había crecido demasiado para caber en la jaula en la que llegó, y hubo que sacarlo y dejarlo atado con una cuerda, además de alimentarlo con montañas de arenque de calidad. A los esclavos les daba miedo acercarse a él. El día que se descubrió que se había escapado, cundió entre todos un regocijo que no tardó en verse transformado en pánico cuando repararon en que semejante monstruo andaba suelto. Gudleif, Bjarni y Gunnar *el Rojo* habían pasado todo

un año tras él, sin más resultado que la pérdida de uno de sus mejores perros.

Las palabras se agolpaban en mi interior, pugnando entre sí como borrachos que tratan de salir de una sala en llamas. Lo de mi padre no tenía nombre: ni siquiera dijo nada de dónde había estado, por qué me había dejado tanto tiempo solo ni cuál había sido mi vida durante el lustro que había transcurrido antes de que me llevara con su hermano. Tampoco se le ocurrió reconocer, por supuesto, que, al fin y al cabo, todo lo que tuviese que ver con ese puñetero oso era responsabilidad suya. Resultaba exasperante. Yo abría y cerraba la boca como un bacalao recién pescado, y él no lo pasó por alto, aunque lo atribuyó a la emoción que me había provocado el reencuentro, al que hacía tanto que había perdido, y optó por afrontarlo del modo más viril: dándome un golpecito en el hombro y preguntando sin más preámbulo:

—¿Puedes andar? Einar está en la sala y quiere verte.

«¡Que le den a Einar! —fue lo que quise decir—, ¡y que te den por el culo a ti también! Freydis está muerta por tu condenado osito, y porque no estabas aquí para decidir qué hacer con él antes de que alguien acabara harto del animal y lo dejase escapar. ¿Dónde estabas? Háblame de mí, de mi madre y del lugar del que provengo. No sé nada». En vez de eso, hice un gesto de asentimiento y me enderecé como pude, en tanto él me ayudaba a ponerme los calzones, los zapatos, la túnica y la capa. Apoyado en él, pude sentir la fuerza de su cuerpo enjuto y nervudo, que olía a sudor añejo y a piel y lana húmeda. De su túnica sobresalían mechones de vello que se arremolinaban alrededor de su garganta, un vello entrecano y más oscuro que el que le poblaba la cabeza y la barbilla.

En ningún momento dejaban de asaltarme pensamientos que gritaban como charranes arracimados en torno a su presa. Los años transcurridos entre nosotros, y el sino de ese oso blanco... ¿Cuánto tiempo llevaba en libertad?

¿Seis años?; ¿ocho, quizás? Aun así, aquel invierno me había buscado, había dado conmigo y había hecho que mi padre regresara a mi lado, como si fuera un sacrificio ofrecido a Odín. Su destino me estremecía: las tres Nomas, las hermanas que tejen la vida de cada una de las criaturas, habían comenzado a elaborar un extraño tapiz para mí.

Al fin, cuando me ajusté el cinturón, mi padre se enderezó tras atarme los cordones de la pantorrilla y me tendió la espada de Bjarni. La habían limpiado de todo rastro de sangre. De hecho, la habían dejado mejor de lo que estaba, porque tenía menos manchas de óxido que cuando la robé.

—No es mía... —anuncié entre avergonzado y desafiante, y al verlo ladear la cabeza como un pájaro lo desembuqué todo.

Era la espada de Bjarni, quien tanto tiempo había remado al lado de Gudleif. Los dos me habían enseñado con ella algunos golpes, hasta que Gunnar *el Rojo* acabó por perder la paciencia y, tomándola, soltó un escupitajo entre sus pies y me mostró cómo había que usarla en un combate de verdad.

—Más te vale dejarte de ejercicios elegantes cuando estés tras una empavesada: ataca a los pies del cerdo que se te ponga delante; rebánale los tobillos; métele la espada por debajo del escudo, burla la malla y clávasela en las mismísimas pelotas. De todos modos, eso va a ser lo único que vas a poder ver o alcanzar.

Luego me enseñó a servirme de la empuñadura, el escudo, las rodillas, los codos y los dientes. Gudleif y Bjarni asistieron en silencio a la lección, y fue entonces cuando reparé en el temor que les inspiraba. Más tarde supe, por boca de Halldis, como no podía ser menos, que Gunnar se hallaba en Björnshafen porque los había traído a los dos de vuelta de una incursión a Dyfflin de resultados desastrosos. Dos estaciones después, cuando todos los daban ya por muertos, arribaron a bordo de una embarcación robada,

cargada de esclavos e historias relativas a la audacia de Gunnar, a quien debían sus vidas y a cuya disposición habían de poner, en consecuencia, un amarradero mientras viviese.

—Se la robé a Gudleif —hice saber a mi padre—, cuando supe que me quería muerto en medio de la nieve de camino al *hof* de Freydis.

Él se frotó la barba y arrugó la frente mientras asentía con un movimiento de cabeza.

—Sí; eso fue lo que dijo Gunnar cuando nos hizo llegar la noticia.

Fue el día que el Raudi había hecho trizas mi mundo, un día que comenzó con la visión de Gudleif sentado en su trono, flanqueado por los mascarones de proa de su nave y envuelto en pieles, tratando de conducirse como un *jari* respetable, y sin lograr más que cierto parecido con un gato arisco.

Bjarni había muerto el año anterior, y Halldis un año antes que Bjarni. Llegado aquel tiempo, Gudleif había empezado a quejarse del frío, y evitaba salir con asiduidad. Se mostraba encorvado y con el ceño fruncido, sin más compañía que la del viejo Caomh, uno de los esclavos apresados en los templos cristianos de Dyfflin. A escasa distancia se encontraba Helga, mujer de no menos edad que, mientras hacía ir y venir el telar, me sonreía hasta dejar al aire la última muela, en tanto que Gunnar *el Rojo*, apenas visible en la penumbra caliginosa, reparaba un cinturón de cuero.

—Este año no estoy en condiciones de ir a los pastos altos —me anunció Gudleif—. Hay que bajar la manada y llevar a Freydis un par de cosas que le van a ser necesarias.

El invierno se había adelantado: la nieve se arremolinaba en el exterior de Snaefel, y el frío había robado el color a la tierra, en la que solo eran visibles las osamentas negras de los árboles recortadas sobre un cielo gris. Incluso el mar parecía hecho de pizarra.

—Ya ha nevado —le recordé—, quizá demasiado para aventurarse a sacar los caballos. —Omití añadir que yo ya había planteado la necesidad de acometer aquella labor varias semanas antes, cuando aún era fácil llevarla a término.

Gudleif se revolvió en su asiento y me respondió:

—Tal vez sí. En ese caso, tendrás que pasar allí el invierno y traerlos en primavera. Freydis debe de estar preparada.

No se trataba de una proposición atractiva, precisamente: Freydis era una... persona extraña, por decirlo de un modo amable, y a decir verdad, todos la tenían por *v'ólva*, o bruja. Yo no la había llegado a ver en mis quince años de vida, aunque su *hof* no estaba a más de un día de camino de las faldas más bajas. Cuidaba en los pastos altos de los sementales y las yeguas más preciados de Gudleif, y lo hacía bien.

Pensé en todo ello y advertí que, aun cuando estuviese bien abastecida, era difícil que dispusiera del forraje necesario para sustentar a los caballos a lo largo de un invierno que prometía ser duro. De hecho, cabía la posibilidad de que ni siquiera hubiese alimento suficiente para nosotros dos, y así se lo hice saber a Gudleif, quien se limitó a encogerse de hombros. Reparé también en que Gunnar era, sin duda, el más apropiado para acometer semejante misión, y también se lo comuniqué, aunque él contestó con el mismo gesto. Cuando miré a Gunnar, lo encontré al lado del hogar, al parecer demasiado absorto en su cinturón de cuero como para alzar siquiera la vista.

De modo que, sin más objeciones, lie mis bultos y elegí al más robusto de los ponis. Estaba considerando qué era lo mejor que podía llevar a Freydis, cuando Gunnar vino al establo y, en la cálida y susurrante penumbra de aquel lugar, lo echó todo por tierra con una sencilla frase:

—Ha mandado llamar a sus hijos. Ya estaba todo dicho: Gudleif veía cerca su muerte. Sus hijos, Björn y Steinkel, re-

gresaban de las casas en las que los habían acogido para reclamar su herencia; y yo... me había convertido en un estorbo. Tal vez mi tío tenía la esperanza de que muriese y pusiera fin a aquel insidioso problema.

Gunnar *el Rojo* leyó todo esto en mi rostro mientras se sucedían en mí los pensamientos con la velocidad del rayo. Pasó unos instantes sin decir nada, inmóvil como un bloque de piedra de afilar en medio de aquella fétida oscuridad. Uno de los caballos resopló y dio una patada que hizo crujir la paja, y a mí solo se me ocurrió decir:

—Ya había visto que faltaba un *faering*.... A lo que Gunnar respondió con una sonrisa triste.

—No: la noticia la ha enviado por el valle: si echas de menos uno de los botes en el amarradero, es porque he mandado a Krel y al Napias a Laugarsfel para que avisen a Rurik.

Lo miré con aire preocupado.

—¿Lo sabe Gudleif?

Y él, meneando la cabeza, repuso mientras se encogía de hombros:

—Últimamente no lo informamos de gran cosa. De todos modos, si lo averigua, ¿qué puede hacer? Quizá lo habría hecho él mismo si alguien se lo hubiera sugerido. —La oscuridad hacía de su rostro un conjunto de planos ensombrecidos imposible de descifrar. Aun así, añadió—: Una jornada a través de la nieve no es algo tan malo como pueda parecerte, y, de todos modos, vas a estar mejor que aquí cuando llegue Rurik.

—Si eso es verdad, ¿por qué no haces tú el viaje y yo me quedo aquí? —contesté con amargura, suponiendo que recibiría por respuesta una risilla sarcástica rematada con un gruñido.

Sin embargo, tuve ocasión de sorprenderme, y él mismo también, según pensé más tarde, cuando me puso una mano en el hombro para decir:

—Mejor no, muchacho: lo que trae consigo Rurik es mucho peor que helarse la nariz.

Semejante comentario resultaba demasiado escalofriante para que pudiera abstenerme de preguntar a qué se refería. Sus ojos brillaron entonces en la oscuridad.

—Vendrá con Einar *el Negro* y su tripulación —respondió, y el modo en que pronunció la frase me reveló cuanto necesitaba saber.

Solté una carcajada que hasta a mí me sonó forzada.

—Eso si viene... —dije.

Lo miré fijamente y él me aguantó la mirada, y ambos supimos la verdad de aquel asunto. Como con el oso blanco, estábamos hablando de la propiedad de otra persona que venía de camino sin que nadie hubiese solicitado su presencia. Podía ser que la noticia no llegase a donde estaba mi padre, y si lo hacía, cabía pensar que tal vez le diera igual.

Al oír aquella parte del relato, mi padre gruñó como si hubiese recibido un golpe violento en las costillas, y su mirada feroz hizo que me avergonzase de haberla pronunciado. Le dije entonces que no sentía remordimientos por haber tomado la espada de Bjarni, ni una cantidad generosa de sal ni los demás víveres que consideré necesarios. Por mí, le podían dar por el culo a Björnshafen, y ya de paso, a Gudleif y a sus dos hijos. Él sonrió al oírlo.

Lo más difícil para mí fue coger la espada, porque, en aquel entonces, no se podía tomar a la ligera un arma así, que, además de ser costosa, constituía la seña de identidad de un guerrero y hombre de enjundia. Los griegos de Constantinopla, que se tienen por romanos aunque no hablen latín, piensan que todos los nórdicos son daneses, y que todos los daneses combaten con cota de mallas y espada, cuando lo cierto es que como mucho disponemos solo del escramasajón, un cuchillo de cocina del largo de nuestro antebrazo que lo mismo sirve para trocear un pollo o destripar un pescado que para matar a un hombre. Uno